

1

—Kiko, tío, ez que no me ezcuchaz.

—¡Venga, chicos! ¡Todos p'arriba!

Kiko se estaba poniendo cuatro «tiros» sobre la billetera con la ayuda de su carné de identidad. Lo hacía con una agilidad sorprendente y sin apartar la vista de los diminutos futbolistas que correteaban por la pantalla de una antiquísima Grundig.

A Kiko sólo le faltaba un hoyuelo para tener la misma barbilla que Kirk Douglas. Era grandullón y, como había sido deportista de joven, tenía buen cuerpo. Vestía una sudadera con capucha con el logotipo de Adidas impreso en azul a la altura del pecho y las inevitables zapatillas New Balance.

Era, por lo demás, dos años mayor que Borja.

—Tronco, qué pase más bueno. Igual que Laudrup. Qué hostias. ¡Mejor! Quien tuvo retuvo, y el Rafa es la hostia. No tenían que habérselo llevado a Italia. ¡No pinta nada con tanto macarroni! Mira Pietro. Te coloca una farlopa pésima, y de paso, si puede, te levanta la novia...

—Tío, que mi novia ez italiana.

—Pero es una tía. Son *ellos* los que me rayan. No tienen moral, tronco.

Borja esnifó lo suyo y devolvió la billetera.

Kiko rebañó lo que quedaba con el dedo gordo.

—¡Qué porterazo, tronco! Menudo profesional, Buyo...

Le arrancó el filtro de algodón al pitillo. Luego lamió el borde para pasarlo por los restos de polvo y hacerse lo que llamaba un «nevadito».

—Te eztoy diciendo que me ha telefoneado el Nacle, ¿me ezcuchaz?

—¡El Rafita, tronco! ¡Mari Pili! Insoportable cuando tiene la regla. Y Buyo, jodido gallego. Qué chicharro nos han metido. ¡Pero qué coño haces...!

—He venido para que hablemos —insistió Borja, que había apagado la tele.

Parecía la única manera de que le prestara atención.

—Zi vaz a zeguir haciendo el chorra, me piro.

En eso sonó el teléfono.

Borja meneó la cabeza y se dejó caer en el sofá de flores.

Resultaba imposible hablar con su amigo en serio.

Mientras se entretenía con el pañito de ganchillo que protegía el brazo del sofá, oyó a Kiko en la cocina: «Tronco. No me des la vara con tus Ray-Ban, que no soy tu niñera. Llama al Ruso, y a mí me dejas en paz. Se te va la olla y luego pasa lo que pasa. No agobies, Pentium, que tengo cosas que hacer. Hala, con Dios».

Aquello hizo que Borja sonriera a su pesar.

—A ver. Y tú, ¿qué? —dijo Kiko, nada más volver.

—Puez nada. Que en ezte último mez no zé qué ha pazado, pero al Nacle le debo máz de cien mil pelaz, y no para de llamarme. Me eztá agobiando, y le he prometido que el lunez le pagamos parte. Habíaz dicho que ezta zemana ibaz a conzeguir cincuenta talegoz. ¿Loz tienez o no, tío?

—Pues mira —Kiko se rebuscó en los bolsillos, muy serio—. Me parece que en estos momentos no llevo nada suelto...

—Tío, te eztáz quedando conmigo. Porque la cozanoz la hemoz ventilado juntoz, pero quien debe pelaz al Nacle zoy yo. Ezto me paza por juntarme con un cocainómano...

Aquello le ganó un empujón.

—Borja, te estás pasando. Tío, ¡te has pasado!

Kiko se salió meneando la cabeza al balcón, que daba sobre la Emetreinta.

Anocheía y docenas de pares de luces circulaban por la autopista. En la otra orilla del nudo de O'Donnell se podía ver el Pirulí, la torre de Televisión Española, erguida y puntiaguda como una catedral.

Borja se acodó a su lado en la barandilla; pero, antes de que abriera la boca, el otro lo interrumpió con un gesto.

—¡Te pasas el día lloriqueando, tronco! Te crees que tienes muchos problemas. Que eres el ombligo del mundo. ¡Pues desengáñate! Todos tenemos movidas, y no tenemos familias como la tuya para sacarnos las castañas del fuego...

—No zé a qué viene ezo ahora.

—Viene a que llevas toda la tarde jodiéndome la marrana...

Kiko se encendió otro pitillo. Le dio un par de caladas rápidas.

—Te pasas la puñetera vida dando la vara con tus movidas, sin darte cuenta de a quién se las cuentas. A ver, ¿te he agobiado yo alguna vez con mis marrones...?

Borja musitó que lo dejase. Se sentía muy estúpido. Sin embargo a Kiko, cuando le daban cuerda, era difícil pararlo. Ahora no dejaba de gesticular, con el cigarro en la mano.

—¡Hay que fastidiarse! Vienes a mi casa, te pones hasta las orejas, me llamas cocainómano y luego quieres que lo dejemos... A ver, tipo listo. ¿Sabes cuánto debo yo? Si tuvieras a un mafioso como el Tijuana detrás de ti, sabrías lo que son problemas. ¡Eso sí que es serio! Y no el Nacle —enseñó un colmillo desdeñoso—. ¡Menudo payaso! Al Nacle lo llamo yo mañana y le doy dos collejas...

Borja se sintió aún peor y, viendo que Kiko le daba la espalda, posó una mano conciliadora sobre su hombro.

—Venga. Vamoz a tomarnoz una copa, que invito yo...

Su amigo perdía la vista por la autopista.

—Pues no sé yo si ahora me apetece...

—No zeaz moña y dime adónde quierez que vayamoz.

—No zé a qué viene ezo ahora.

—Viene a que llevas toda la tarde jodiéndome la marrana...

Kiko se encendió otro pitillo. Le dio un par de caladas rápidas.

—Te pasas la puñetera vida dando la vara con tus movidas, sin darte cuenta de a quién se las cuentas. A ver, ¿te he agobiado yo alguna vez con mis marrones...?

Borja musitó que lo dejase. Se sentía muy estúpido. Sin embargo a Kiko, cuando le daban cuerda, era difícil pararlo. Ahora no dejaba de gesticular, con el cigarro en la mano.

—¡Hay que fastidiarse! Vienes a mi casa, te pones hasta las orejas, me llamas cocainómano y luego quieres que lo dejemos... A ver, tipo listo. ¿Sabes cuánto debo yo? Si tuvieras a un mafioso como el Tijuana detrás de ti, sabrías lo que son problemas. ¡Eso sí que es serio! Y no el Nacle —enseñó un colmillo desdeñoso—. ¡Menudo payaso! Al Nacle lo llamo yo mañana y le doy dos collejas...

Borja se sintió aún peor y, viendo que Kiko le daba la espalda, posó una mano conciliadora sobre su hombro.

—Venga. Vamoz a tomarnoz una copa, que invito yo...

Su amigo perdía la vista por la autopista.

—Pues no sé yo si ahora me apetece...

—No zeaz moña y dime adónde quierez que vayamoz.